

Héctor Suárez
Jessica Ramírez
Giancarlo Albano
Luisina Castelli
Emmanuel Martínez
Marcelo Rossal

FISURAS

Dos estudios sobre pasta base
de cocaína en el Uruguay

Aproximaciones cuantitativas
y etnográficas



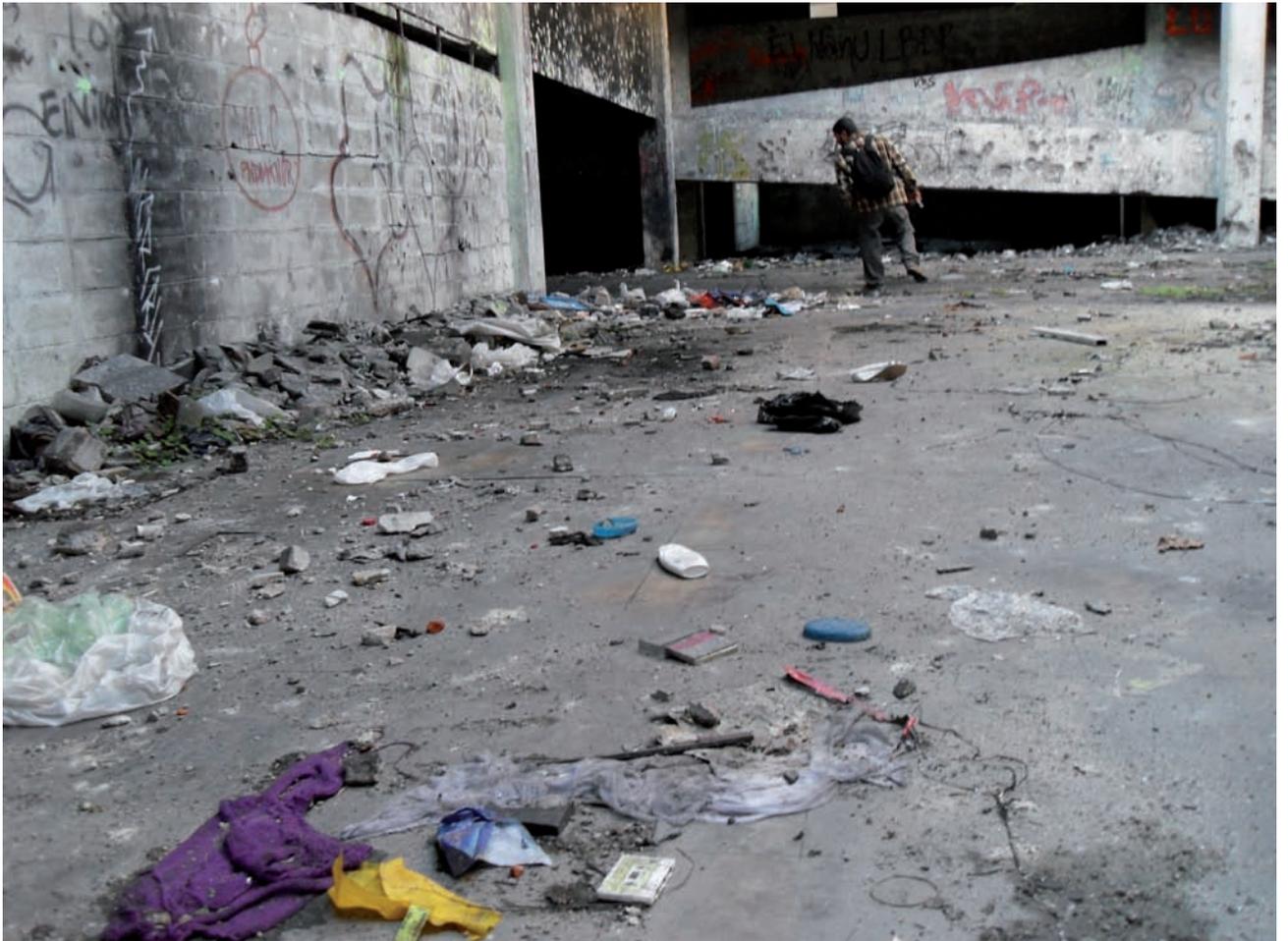
Facultad de
Humanidades y
Ciencias
de la Educación



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

OD
Observatorio
Uruguayo de
Drogas

Junta
Nacional
de Drogas
Presidencia de la República
URUGUAY



FISURAS

DOS ESTUDIOS SOBRE PASTA BASE DE COCAÍNA
EN EL URUGUAY.
APROXIMACIONES CUANTITATIVAS
Y ETNOGRÁFICAS



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Observatorio
Uruguayo de
Drogas



UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
Rodrigo Arocena
Rector

FACULTAD DE HUMANIDADES
Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
Álvaro Rico
Decano

JUNTA NACIONAL DE DROGAS
Diego Cánepa
*Prosecretario de la Presidencia
de la República
Presidente de la Junta Nacional
de Drogas*

SECRETARÍA NACIONAL DE DROGAS
Julio Calzada
Secretario General

RESPONSABLES DE LA PUBLICACIÓN
Héctor Suárez, *JND, OUD*
Marcelo Rossal, *FHCE, UDELAR*

Ilustración de tapa: Lucía Cardozo
Foto de portadilla: Marcelo Rossal

© Los autores, 2014

© Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, 2012

Edición a cargo del equipo de la
Unidad de Medios Técnicos, Ediciones y Comunicación (UMTEC),
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación,
Universidad de la República
Magallanes 1577
11200, Montevideo, Uruguay
(+598) 2 409 1104-06
<www.fhuce.edu.uy>

ISBN: 978-9974-0-1079-6

AGRADECIMIENTOS

- A todos las personas entrevistadas y contactadas durante el proceso de la investigación.
- A las autoridades y socios del Club de Pesca Belvedere.
- A Ulises y Eduardo del Club de Pesca Belvedere.
- A los compañeros del Observatorio Uruguayo de Drogas.
- Al Secretario Nacional de Drogas, Julio Calzada.
- A los compañeros de Equipos Consultores, Guzmán Sommer, María Julia Ramírez, Reina Brum, Santiago Cardozo.
- A los compañeros del grupo de trabajo en conjunto con PNUD, Fernando Filgueira, Carola Lew, Juan Meré.
- A los funcionarios administrativos y técnicos de Presidencia de la República y de Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación que hicieron posible el convenio que enmarca el trabajo.
- Al decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Álvaro Rico.
- A la CICAD-OEA, especialmente a Francisco Cumsille.
- A colegas con los que hemos intercambiado sobre aspectos teóricos y metodológicos, Yamandú Acosta, Gabriel Gatti, Ricardo Fraiman, Nicolás Guigou, Gustavo Remedi, Susana Rostagnol, Virginia Rial y Sonnia Romero.
- A Lucía Cardozo por su colaboración artística.
- A los estudiantes de los cursos de Antropología Social y Taller de Antropología Social.

CONTENIDO

PRÓLOGO

A MODO DE PRESENTACIÓN, <i>Álvaro Rico</i>	9
DAR VUELTA LA PISADA, <i>Julio Calzada</i>	11

PREFACIO	13
----------------	----

JUSTIFICACIÓN DE LOS ESTUDIOS ALCANCE Y LIMITACIONES

DE LOS DATOS DISPONIBLES SOBRE PBC	19
--	----

LA PRESENTE PUBLICACIÓN.....	21
------------------------------	----

LOS DESPOSEÍDOS

<i>Héctor Suárez y Jessica Ramírez</i>	23
El territorio: el contexto de la historia	26
El desempeño educativo:	
las barreras de la marginalidad y las drogas.....	28
La (no) inserción laboral	30
La calle, su lugar.....	32
Convivencia	34
La demanda de tratamiento	35
Los consumos.....	42
Hacia una estimación del número de usuarios de pbc	46
Reflexiones finales	50

CAMINANDO SOLOS

<i>Giancarlo Albano, Luisina Castelli, Emmanuel Martínez y Marcelo Rossal</i>	61
Introducción.....	61
Enfoque metodológico.....	62
Antecedentes y primeros consumos.....	65
Inicios en las trayectorias de consumo de drogas	75
los continuos de violencia:	
familia, calle, institucionalización	85
De la vereda de enfrente	88
Mi hijo nació un día de <i>parrilla</i>	90
Palo contigo y palo con los demás.....	91
Mentalmente, otra persona	92
Una familia de peso	95
Usos, abusos, relaciones e intercambios	104
Procurando el rescate.....	105
Caminando solos	111
Entre el <i>pegue</i> y estar <i>de cara</i>	117
Pastosos, drogadictos y consumidores.....	125
Porro, pipa, bazoco.....	129
Expectativas de futuro.....	134
Conseguirme una familia	139
En problemas sociales	142
Consideraciones finales	145

ANEXOS	149
Aspectos técnico-metodológicos del estudio cuantitativo.....	149
Glosario.....	151
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	155

CAMINANDO SOLOS

Cualquiera que realice un paseo extendido por las calles de Montevideo, sin tener que llegar a asentamientos o a los barrios más pobres de la ciudad, puede ver los recorridos de los usuarios de PBC en el espacio urbano. Espacio donde estos cuerpos castigados se hacen más visibles y por donde transitan para obtener los recursos económicos para sostener el consumo. Una tarde de recorrido por el Paso Molino nos acerca a estas circunstancias:

Caminamos por la calle Agraciada rumbo a la Estación Yatay²⁵, un sitio a pocas cuadras del club donde varios de los entrevistados comentaron que *achicaban*. Tomamos camino por la vía, bastante llena de basura y desperdicios. Al llegar a la Estación había en el suelo un par de colchones viejos y sucios, ollas fíznadas y ropa desparramada. Continuamos hacia el arroyo Miguelete, seguimos hasta la calle Coraceros, observamos el asentamiento del otro lado del arroyo y la basura que flotaba en el curso de agua. Luego dimos la vuelta por República Francesa hasta Uruguayana, donde encontramos la parte abandonada de la fábrica La Aurora. Había varias entradas sin ningún obstáculo y la vereda estaba cubierta de yuyos. Este lugar está muy próximo a la estación Yatay y varios comentaron que también allí pernoctaban algunas personas, así que entramos. Como

²⁵ Estación ferroviaria ubicada en la zona del barrio Paso Molino, lindera con el barrio de Capurro.

aún era de tarde y el día estaba soleado entraba abundante luz en ese lugar inmenso, con habitaciones que se disponían a ambos lados y enormes escaleras. Estaba en total abandono, pero por algunos objetos que encontramos dedujimos que efectivamente el lugar era utilizado como *achique*. Había ropa, incluso dos jeans parecían colgados como si estuviesen secándose. También había alguna almohada, latas, restos de fogones y tizne en las paredes, además de distintas escrituras y graffitis. Luego, el *Manager*²⁶ nos confirmaría que allí duermen algunos, pero que «no cualquier negro entra ahí de noche porque impresiona». Es difícil en la calle encontrar un lugar seguro para pernoctar, y siempre se está a la deriva de un lado a otro dependiendo de las circunstancias. De eso hablamos brevemente con el *Manager*, a quien cruzamos en la avenida Ángel Salvo, a unas pocas cuadras, luego de abandonar la fábrica. Dijo que venía de la «ferretería», de vender unos hierros e iba camino a la «farmacia»²⁷. Actualmente estaba pasando la noche en un descampado cerca de uno de los puentes que cruzan el arroyo Miguelete; prefiere un lugar donde no lo molesten, como ocurre por ejemplo en Yatay, de donde los corren cada mañana. Ya de eso habían hablado Mario y Wilson, contando su propia experiencia con un policía que los despierta todos los días en ese lugar. Al *Manager* se lo veía bien, estaba prolijo con un jean y una camisa verde, pero él nos desengañó de esa suposición diciendo que lo veíamos así porque había logrado dormir el día anterior, luego de una semana de *gira*, durante la cual sólo descansaba a razón de una o dos horas diarias. Antes de llegar a preguntar cómo había conseguido el dinero para solventar esos días de *gira*, él se anticipó diciendo que hallaron junto a otros muchachos un barco encallado próximo a la costa, y de ahí obtuvieron de todo un poco, lo cual vendieron en distintos lugares del barrio: «surtimos de lonas a todos los quiosquitos», comentó. Con algunas personas, o en determinados lugares, estos muchachos ya son conocidos dado que son del barrio (por ejemplo en la «ferretería» donde vendió los fierros, o en los almacenes), y es en esos mismos lugares donde algunos pueden llegar

26 Es Milton, uno de nuestros entrevistados. Sus compañeros lo habían apodado de esa manera a causa de sus habilidades discursivas, las cuales le permitían concretar con eficacia ciertas *tranzas* y prácticas de *rescate*, sobre todo de recursos económicos.

27 La «farmacia» alude a la boca de venta de PBC. La «ferretería», al depósito que compra los materiales recolectados. Es importante hacer notar aquí cómo el *Manager* utiliza las palabras con gran sarcasmo, para resaltar la informalidad y precariedad de sus actividades. A veces, ante el discurso del *otro*, pareciera que se buscara «esencializar» cada palabra, como si respondiera exclusivamente a una jerga o dialecto propio del grupo en cuestión. Efectivamente, se pueden encontrar palabras específicas o usos que difieren de acuerdo a la posición en el espacio social; pero también hay en cada sujeto innovación, ironías y una amplia gama de recursos en el uso del idioma para expresarse. Insistir en demasía en esa «esencialización» implica, en alguna medida, negar parte de la capacidad de agencia o pensamiento de ese *otro*. Por supuesto que el uso individual puede tornarse grupal —la sarcástica metáfora sobre la «farmacia» del *Manager* termina siendo sinónimo de *boca*, por ejemplo—, pero este proceso es común a la *lengua* toda, a través por ejemplo, de las «metáforas muertas», como bien mostrara Ricoeur (1998: 65).

a quemar todo. El intercambio entre los comerciantes y los usuarios de PBC oscila entre la conveniencia y la distancia que impone la estigmatización. Luego nos contó de varios muchachos que habían pasado por el Club. Él sabía de cómo andaban muchos de ellos, ya que anda «siempre en la calle». Comentó que Mario estaba o había estado internado hace poco, pero hacía varios días que no tenía noticias suyas. La última vez fue cuando se dio una «escapada» del hospital para consumir, pero se sintió mal y se fue finalmente sin fumar. Conversamos un poco más, luego nos despedimos y seguimos en direcciones opuestas. Al llegar nuevamente a la zona del viaducto encontramos a Inés y su pareja, quienes cuidan coches allí, y en ese mismo momento apareció Mario, quien nos reconoció antes que nosotros a él y nos saludaba del otro lado de la calle. Nos alegramos de verlo bien y él contó que hacía pocos días le habían dado el alta: «del VIH estoy bien, no me controlaba hace un año y no preciso plaquetas ni nada, el tema es el cáncer que tengo». Estaba un poco más flaco pero al menos en apariencia no se lo veía muy distinto a la última vez que estuvo con nosotros. Cargaba con varias bolsas con plásticos y se disponía en breve a «desayunar» su primer chasqui (eran para entonces las 18 horas aproximadamente). Durante algunos minutos nos contó sobre su internación en el Hospital de Clínicas y luego sobre los planes que tenía en su vida personal para el futuro cercano: se enteró de que sus hijos estaban en la casa de su madre y entonces quiere ir por ahí, pero antes necesita conseguir ropa nueva y darse un baño. «Ellos saben que estoy en la calle pero así no puedo ir. Voy a esperar a cobrar la pensión ahora en diciembre y conseguir ropa... la historia es poder salir un poco de todo esto».

En general, aunque conozcan muchos otros usuarios de PBC, o incluso *achiquen* juntos, los recorridos son mayoritariamente solitarios. Esto da cuenta de una práctica de cuidado de la integridad física, por contraposición a lo que sería esperable en condiciones de normalidad²⁸. Sucede porque generalmente la PBC no se comparte, cada uno consume lo suyo; pero también porque la calle es un espacio donde se corren riesgos, con lo cual lo más prudente es *caminar solo*. Contrariamente a lo que se puede suponer, que «si uno va en grupo, estaría más protegido», muchos usuarios aseguran que es más seguro andar solo. Recientemente, sin embargo, «caminar solo» también se estaría convirtiendo en una práctica riesgosa. Varios de nuestros entrevistados manifestaron que en la calle son atacados por grupos organizados conocidos como los *antipasta*; estos grupos agredirían brutalmente a quienes identifican como consumidores, sin recibir ningún tipo de sanción policial.

Patricio, de 35 años, ha vivido siempre en uno de los barrios más pobres de Montevideo, el 40 semanas. De adolescente estudió en un CECAP²⁹ donde «apren-

28 Los propios usuarios se suelen colocar en contraposición a lo «normal».

29 Centros de Capacitación y Producción dependientes del Ministerio de Educación y Cultura, enmarcados en el Programa Nacional de Educación y Trabajo (PNET). Existen desde el año 1981 y funcionan en varios puntos del país. Trabajan con adolescentes y jóvenes que no

dió un oficio», pero también salía a robar. Comenzó a fumar marihuana a los 17 años y poco tiempo después probó cocaína inhalada. A los 18 se fue a vivir con su pareja y a los 19 tuvo su primera hija. Consumió PBC por primera vez a los 25, pero antes ya consumía cocaína y *merca cocinada*. Su compañera lo abandonó a causa del consumo y poco tiempo después cayó preso. Al salir estuvo viviendo durante siete años en Argentina donde logró estar sin consumir durante un buen tiempo, hasta que conoció la pasta base. Desde hace aproximadamente ocho años consume todos los días, y todas sus actividades cotidianas tienen que ver con ello.

—¿Y hoy en día como es tu vida, cómo es tu rutina, qué hacés?

—¿Cómo es mi rutina? Mi rutina es: me levanto, cuando duermo ¿no? Me levanto, voy a una... tenemos un amigo, una estación de servicio que yo voy todos los días y me da 100 pesos diarios. Es el arranque. Yo no voy pensando en los 100 pesos pa' comprarme algo para comer, te soy honesto. Voy pensando en que «pah, tengo el levante»...

—¿Y es por un laburo que le hacés?

—No, no, me lo da. Me lo da porque me lo da, me lo da porque el loco ta, me conoce, con tal de que no salga a robar... Son gente que me ayuda ¿no? He estado en cana.

—Te da los 100 pesos y vos con eso vas para la boca.

—Voy para la boca, me lo fumo todo. Y ahí ya voy, me siento en la esquina y empiezan que... hago alguna changuita, viste, yo qué sé, agarrar, cortar el pasto, eh... arreglar algún enchufe, cosas.

—¿De los vecinos, ahí del barrio?

—Claro, ahí en el barrio, gente que me conoce que me dan... una mano, porque hasta ellos mismos me dicen que no me mande cagadas por ahí, para que no salga a robar, ellos mismos me dan una fuerza porque dicen «vos vas a dejar cuando vos quieras, pero aunque sea no vas a vivir en cana». Ahora hace dos años que estoy acá y ya me llevé dos antecedentes más, imagínate.

—¿Y por qué fueron los antecedentes?

—Y por hurto, hurto.

—¿De qué manera? No sé... ¿en la calle? ¿te metés a las casas?

—Sí, en las casas.

—¿Pero todo para consumir?

—Todo para consumir.

—¿Con quién consumís, con quién fumás?

—Solo, solo.

—¿Por qué?

—Porque soy una persona que... si tengo que convidar convidó, pero ando solo. Pero ¿sabés por qué ando solo? No es que sea egoísta, a mí me gusta de que si yo hago esto, es todo para mí. Después yo puedo dar veinte pesos a vos, veinte pesos a aquel. Pero soy egoísta en el sentido que me gusta andar solo y hacer las cosas a mí. No me gusta andar con otro ni nada porque yo no sé el problema

estudian ni trabajan, a través de talleres experimentales en contacto con herramientas de trabajo y la experiencia educativo-laboral. Los talleres brindados son los siguientes: construcción, cuero, gastronomía, vestimenta, carpintería, peluquería, entre otros. Tomado de <<http://guiaderecursos.mides.gub.uy/mides/text.jsp?contentid=5693>> [consultado el 5 de noviembre de 2013].

que trae el otro atrás, que... ¿viste? Cosas, ¿entendés? Cosas que por la misma droga, hay amigos, hay pibes que se están mandando cualquier cagada y digo... yo aguanto mis problemas, después lo demás es de los demás. Y ando solo por eso mismo, porque no... no... ya por andar con un pibe casi me matan. Nunca más. Hablamos, estamos acá, viste, como que estamos acá, fumamos, estamos fumando, pero es un minuto. Pum pum, encajo y me voy. «¿A dónde vas?», «No, me voy», le digo, «me gusta caminar», o «tengo que ir hasta allá»; mentira, a veces le pongo un «pará que tengo que hacer un mandado», no, mentira, igual me paro en la otra esquina y me quedo.

En ocasiones también se da que, viviendo en la calle, algunos usuarios estén con una pareja afectivo-sexual o con algún compañero con quien comparten la comida, cuidan mutuamente sus pertenencias y pasan el tiempo juntos. Como mencionamos, la categoría *rescatarse* tiene otra acepción, vinculada a la recuperación y distanciamiento del consumo. Con relación a este punto, Epele (2010: 194) ha analizado el establecimiento de relaciones de parejas como una forma de *rescate*, por contraposición a las visiones que, enfocándose exclusivamente en la propagación de la epidemia de VIH, convierten a «la sexualidad, la intimidad y las emociones en un territorio marcado principalmente por el peligro, los riesgos y la violencia, dejando de lado sus dimensiones reparadoras, placenteras, estructurantes y productivas». Es importante —y en este sentido acordamos con lo señalado por Epele— dar cuenta de cómo las relaciones de pareja inciden en los cuidados y en el distanciamiento de las prácticas de consumo. No obstante, encontramos que en buena medida los riesgos y los cuidados no son prácticas y situaciones excluyentes sino que conviven, no sin cierto conflicto, en las experiencias y en las relaciones de estos sujetos, dado que en la mayor parte de los casos de las parejas que conocimos ambos eran usuarios de PBC. En este sentido podemos mencionar, por ejemplo, que en ocasiones un integrante de la pareja puede incidir en tomar la decisión de abstenerse de consumir, pero en otras, ocurre del modo contrario. Si bien en términos discursivos siempre está presente el deseo de recuperarse o *rescatarse* completamente, en los hechos la *fisura* de uno puede llevar a declinar la decisión del otro de no consumir.

CALLE, BARRIO, CANTE Y CASA

Estas categorías son utilizadas recurrentemente por nuestros interlocutores y marcan diferentes tipos de apropiación de los espacios³⁰. Como vimos, es en el espacio público donde se llevan adelante estrategias para obtener la PBC. Según lo que se desprende de la conceptualización de los consumidores, el espacio público se dividiría en tres territorialidades principales que definen el modo en que se desenvuelven y los riesgos que corren en función de su condición. Estos espacios

30 Wacquant (2007) hace una diferencia semántica entre «lugar» y «espacio». No es lo mismo un *lugar* (comunidad de sentirse «entre sí» y en relativa seguridad) que un *espacio* (en el cual hay que cuidarse del otro, donde se sufre *descalificación lateral* y *distanciamiento mutuo*). No obstante, esta distinción es relacional de acuerdo a quién la enuncie; así, lo que para algunos puede ser un *lugar*, para otros en cambio sería un *espacio*.

son *la calle, el barrio y el cante*. En el espacio privado, en cambio, vinculado con el cuidado de la casa o el hogar, se tiende al distanciamiento o al ocultamiento de la condición de consumidor. El espacio privado, reservado a la familia, se presenta como el lugar donde las prácticas de consumo quedan ocultas, y pasan a primar otras moralidades: el de ser «un buen hijo», el de la paternidad o maternidad, el cuidado propio y del hogar.

La *calle* ocupa un lugar relevante en la construcción de estas territorialidades, pues de todo el espacio público es donde las prácticas y corporalidades de los usuarios se hacen más visibles y deslegitimadas. La calle hace referencia a cualquier espacio desligado de lo personal, es el espacio de las miradas donde se da la no-interacción con desconocidos; es allí donde se concibe como posibilidad la transgresión de ciertas normas y donde se corren mayores riesgos. *Barrio y cante*, en cambio, son categorías utilizadas para distinguir aquellos lugares de residencia de clases medias-bajas y bajas donde el consumo se practica de un modo más privado o resguardado que en la calle, uno referido generalmente con una connotación afectiva (el *barrio*); y otro donde el consumo adquiere mayor cotidianidad o es más visible, y donde la precariedad económica y social es el rasgo característico entre consumidores y no consumidores (el *cante*).

En general, se contraponen los sentidos atribuidos al espacio público y al espacio privado, así como las prácticas mismas que se realizan en la calle y en la casa, haciendo imposible muchas veces la coexistencia en ambos espacios en los mismos períodos de tiempo³¹. En la casa, el consumo tiene los límites que marca la familia: muchos usuarios declaran que están en la calle porque su adicción se hacía incompatible con la vida familiar; también fue recurrente el comentario «hace *x* años que no vuelvo a mi casa porque no quiero que mi madre me vea así...». Es común que un usuario de PBC en un momento crítico del consumo pase a vivir en la calle, y retorne a la casa (si es que alguna vez tuvo un hogar) sólo en aquellas ocasiones en las que tiene «algún peso en el bolsillo», que muestre un aspecto prolijo o se vista con ropa limpia o nueva. En particular, respecto a lo que sucede con los varones (a quienes mayoritariamente vemos en la calle), la interpelación moral ocurre en cuanto el incumplimiento de las obligaciones con relación a la familia, determinando que irse a la calle pase a ser una opción moralmente virtuosa: ya que no se puede cumplir con el imperativo de proveer, no es admisible constituirse en una carga. En ciertos casos, incluso, el abandono del hogar se asocia a otra forma de cuidado, ya no de sí mismos, sino de sus familias, tal como da cuenta la narración de Francisco (28 años):

- ... yo estoy en la calle pero voy casi todos los días a mi casa.
- Vos vas a la casa de tu padre.*
- No, a la casa de mis tías, acá.
- Ah, donde estaba tu abuela antes.*
- Exactamente, porque para mí, mi casa es esa, yo nací ahí y...
- Claro, seguís yendo para ahí.*

31 Son adecuadas en este punto las reflexiones de DaMatta (1985) sobre la relación de lo público y lo privado implicado en la casa y la calle.

—Claro, y hoy por hoy también, yo si me quiero ir a vivir ahí voy y está todo bien pero... no es el hecho de cómo me vean, porque mi familia me quiere como yo soy y yo soy así, no voy a cambiar, si me quieren que me quieran como soy ¿verdad? El hecho es que yo ando robando y yo no quiero llevar problemas a mi casa, de que vayan los milicos a buscarme a mi casa o que vayan algunos que yo tenga lío. Los problemas son míos, me los busco yo, yo soy un hombre, soy grande y los tengo que solucionar yo, no puedo llevarle problemas a mi familia ¿me entendés? Hay niños chicos, todo, yo no no... ellos tienen otro... otra forma de vivir, yo no les puedo complicar, yo lo veo por ese lado, no por cómo me vean. Yo elegí esto, no ellos me dijeron «tomá, drogate».

«Elegir» estar en la calle, sin embargo, no es sólo una forma de cuidar de los seres queridos, sino también el resultado de una combinación entre adicción, vulnerabilidad y riesgos vinculados al consumo problemático de PBC, que determinan la cotidianidad de los sujetos, tornándose una *condición* de vida más que una elección consciente. Los datos cuantitativos confirman que los mayores índices de consumo se dan entre los sectores más pobres de la sociedad³². La calle es un lugar común entre aquellos que sufren adicción a la PBC, y no sucede de la misma manera con consumos abusivos a otras sustancias como puede ser la cocaína inhalada. Parafraseando a Bourgois (2003: 96), podemos decir que una cocaína fumable, sea PBC o crack:

... como droga de abuso preferente sólo resulta atractiva para los subgrupos de población desesperados que son víctimas de formas extremas de violencia estructural [...] Los grupos de población más explotados, que sufren las formas más intensas de discriminación racial y de segregación espacial son, como era previsible, los que representan la proporción más elevada de fumadores [de PBC].

ENTRE EL PEGUE Y ESTAR DE CARA

El *pegue* es el efecto farmacológico de la sustancia, descripto como inmediato, repentino y evanescente. En el caso de las cocaínas fumables, viene acompañado de una serie de efectos colaterales de carácter social que afectan negativamente la calidad de vida de los usuarios.

32 El consumo de PBC no arraigó como práctica de igual manera entre los distintos sectores sociales ni entre las distintas generaciones. Siguiendo los datos obtenidos en la 5.^a Encuesta Nacional en Hogares sobre Consumo de Drogas, es posible sostener algunas afirmaciones respecto al perfil modélico de los consumidores: «Si bien, en general el consumo de pasta base es bajo, su visibilidad está dada por las características que adquiere el consumo y por la concentración geográfica, y por tanto, socioeconómica. En Montevideo —donde la prevalencia duplica a la del interior— hay zonas donde el consumo alcanza al 4% [...] Así es que al observar el perfil de los consumidores de pasta base se encuentra que ocho de cada diez son hombres, tres de cada cuatro son menores de treinta años y siete en diez residentes en la capital del país. Asimismo se mantiene la segmentación territorial (y socioeconómica) del consumo para esta sustancia encontrado en 2006, alcanzando la prevalencia de vida en las zonas más vulnerables al 4%» (OUD, 2013: 33).

En ocasiones llama la atención que las opiniones de los consumidores sobre la PBC suelen ser ambiguas: un mismo sujeto puede referirse a ella como «la mejor droga, la más rica», y «la porquería más grande», de un momento al otro. Las reflexiones de Pablo (41 años) son un buen ejemplo al respecto.

—... yo he pasado días emparrillado fumando pasta base y... llega un momento que ya no me pega, no me da el efecto, ese éxtasis que por treinta segundos tocás el cielo con las manos y después bajar totalmente desconcertado buscando en el piso, ya viendo qué hacer, procurando otra dosis... He notado que me pegaba en el corazón, zarpada taquicardia, parkinson temblando mal y no me hacía efecto en la mente, yo no tocaba el cielo con las manos en ningún momento, con quienes estaba era... seguir consumiendo, pero ya «no, no» decía, «no, esto no me pega», y ya hacía tres cuatro días que estaba consumiendo y grandes cantidades.

—... la plenitud mental de que vos comprendés todo, sabés todo, sos Dios por 35 segundos. Pero después, cuando bajás, tremendo desconcierto, malas sensaciones físicas, mirando contra el piso... todo mal, todo mal.

—... sentí, sentí ese estado eufórico esa... calidad mental, que todo lo sabés, todo, lo creés todo ¡pah! ¡pah! Está buenísimo. Pero después sentís ese desconcierto que te da cuando entrás a bajar y quedás de cara, decís pah... estás mal, se te va el efecto y quedás mal, te quedás mirando el piso, buscando la piedra que se cayó, que nunca se cayó ¿me entendés? Bueno, buscando algo ahí, ahí sí, pero digo, ese efecto me gustó, me pareció que estaba más bueno que... que tomarla o que picársela... y ahí fue aaah... fue un infierno, realmente fue un infierno. Ahora que lo he visto a la distancia ha sido un infierno, y me ha costado órganos, me ha costado... la libertad, me ha costado... en realidad me costó la personalidad ¿no? Digo, la droga te destruye y uno siempre quiere reconstruir algo y no... yo no puedo reconstruir más nada ahora, no me queda más nada que reciclar, me he reciclado varias veces pero ya no me queda más para reciclar, ahora estoy tratando de construir con lo que me quedó, unas cuántas neuronas que todavía funcionan...

—... estoy dejando, estoy dejando porque ya no, no, el cuerpo no me da, la mente no me da, ya no me hace efecto, me fumo un medio y quedo con una paranoia bárbara, estoy esperando que baje el helicóptero, que bajen los de la DEA ahí, mirando para todos lados, mal, me fumo un porro y me pega también mal. Antes era para desestresarme, para estar con la cabeza en otro lado, pero ya no. Ahora me estresa, estoy re perseguido y aparte... digo ya está, no, no me da. Alcohol no puedo tomar por el tema del hígado, la doctora me hizo la otra vuelta un chequeo ahí y me dijo «bueno, pará ahora porque si no ya...»

Se trata de dos vivencias disímiles y desde cada lugar se construyen significaciones contrapuestas respecto a la realidad: de *cara* es posible reflexionar sobre la adicción, pero mientras dura el *pegue* «se encuentran verdades». Un aspecto que ha quedado relegado en los estudios sociales es el de abordar el disfrute o el placer que los sujetos encuentran en el uso de esta sustancia, dimensión generalmente olvidada al enfocarse en la dependencia y en los aspectos negativos del consumo problemático.

Al igual que en el relato de Pablo, nuestros interlocutores también mostraron esta dicotomía entre la satisfacción emocional, la plenitud mental y el placer

corporal, al tiempo que sostenían un discurso demonizante sobre la adicción. En el *pegue* se busca un refugio, una válvula de escape a una realidad caracterizada por el estigma y la precariedad; pero el efecto del *pegue* es momentáneo, mientras que las condiciones de vida reproducen, radicalizándola, la desigualdad social.

[Francisco, 28 años]

—¿Y la primera vez que probaste pasta base, cómo te sentiste?

—Faaa... es un pegue superior a los demás, está bueno.

—¿Te gustó?

—Sí... el gustito... está bien, está. Aparte es un pegue que te pega instantáneamente, vos fumás, respiraste el humo y ya... es... está bien, está...

[Nicole, 28 años]

—Como que te levanta, no sé cómo explicarte, es como que tomara... viste cuando estás bajoneada que tomás un reanimante o cafeína, yo qué sé, por ponerte un ejemplo, una cosa así. [...] Al toque se te va el efecto y querés consumir de nuevo.

[Agustín, 26 años]

—Me sentí... la experiencia de consumir droga fue, primero, la novedad para mí, consumir droga. Pero fue una experiencia por curiosidad, y me gustó. La probé y me gustó. Me gustó el pegue, me gustó lo que me hizo sentir en el cuerpo, y bueno ta, a raíz de eso empecé por mis propios medios a tratar de conseguirla.

[Arnaldo, 22 años]

—Yo por lo menos cuando fumo me quedo tranquilo, yo quedo en la mía, estoy acá y hay otro compañero al lado y otro compañero, si pinta hablar hablamos, si no nos quedamos los tres callados.

[Agustín, 26 años]

—Y... es una sensación... te motiva a hacer muchas cosas que de repente en tu estado normal, de cualquier persona, no lo harías. Cuando el humo lo absorbés en los pulmones te lleva a un estado de decir «quiero seguir fumándola». Ésa es tal cual, creo que es lo más concreto que te puedo decir. Ganas de seguir consumiéndola.

[Sofía, 27 años]

—Es que a veces te saca, no sé, eso no sabría cómo explicarte. A veces te deja la mente en blanco, no pensás en nada, no te interesa nada en ese momento, entendés. No pensás que si el padre de tu hijo está preso, o si tu hijo llega a estar enfermo, entendés. No, no pensás...

[Luis, 30 años]

—... a veces tengo ciertos dolores en el cuerpo, viste, y cada vez que te fumás un medio de pasta entendés, te fumás unas pitadas de pasta y se te cura, se te va el dolor, es como una anestesia que te pasa entendés, y después andás hecho un rifle, y a veces de tanto subir y bajar, subir y bajar, y caminar para acá cargado de mercadería en los bondis entendés, a veces yo tengo problemas en los cuellos de los tobillos y las canillas viste, de las patadas, entendés, me quedan hinchadas

y todas dolidas viste, me fumo un medio y después ando hecho un rifle, entendés... y así le doy...

[Darío, 27 años]

—... fumate un pipazo que está todo bien. Problema que tengas, fumate un pipazo que te olvidás, ¿sabías? Porque yo a veces pum, cuando chamullo con mi vieja [que está en Buenos Aires], todo, ta, quedo como loco, quedo como loco, porque quedo como loco, sí. Y ta, pa' no llorar y pa' no hacerme la cabeza, me fumo un chasqui. Y te olvidás. De repente capaz que te acordás al otro día cuando estás careta que recién te levantás. Pero son diez minutos, porque a los minutos mismo ya estás fumando de vuelta.

[Mauricio, 32 años]

—*Y en el momento ese que vos decidiste empezar a consumir, ¿qué te produjo?*

—Nada, como que me bloqueaba la mente, me dejaba en blanco, entendés. Yo tenía un problema y fumaba y para mí no existía el problema, como que me lo sacaba y en realidad no lo sacaba, me lo tapaba. Pero cuando se destapaba, el problema era cada vez más grande, entendés. Digo, yo quedaba en blanco, total, no existía nada para mí en ese momento, yo consumía y no había nadie, no hablaba con nadie, no nada.

A medida que el consumo de las sustancias se convierte en un hábito cotidiano, la percepción del *pegue* va cambiando y se necesitan mayores dosis para lograr los mismos efectos que en los inicios. El significado que se le atribuye a la sustancia va cambiando a medida que aumenta la tolerancia hacia el consumo, pero también es variable en relación con su «calidad». Sus recorridos urbanos se relacionan con este aspecto; los usuarios eligen a qué *boca* ir a comprar según la calidad y el precio que ofrezcan en una u otra, pero también en función de las deudas y las confianzas o desconfianzas que se tengan.

[Néstor, 35 años]

—*Si no fumás como que estás apagado, cuando fumás como que te sentís más extrovertido, más para relacionarte con la gente. ¿Así te pega a vos?*

—Sí, sí.

—*¿No te pega como le dicen algunos, que quedan «buscando a Nemo»?*

—Nah... porque no es pasta base eso. Es un *descanso*³³ lo que venden acá, flaco.

—*¿Qué es?*

—Cualquier cosa es.

—*¿Si los deja así es porque es cualquier cosa?*

—Mirá, yo te voy a decir, mirá. Si vos fumás pasta base, si yo fumara pasta base de verdad adelante tuyo, no quedo «buscando a Nemo», quedo que puedo, me puedo bañar, afeitarse, hacerme la cama, coso. Ya cuando una persona queda así, no se puede ni mover, entendés, no pueden hacer nada. No es pasta base, no es pasta base. Son químicos. De pasta base tendrá un 5%. [...] Yo tengo un hermano que murió por la pasta base, ¿entendés? Porque... por fumar pasta base, pasta base, pasta base, ¿entendés? [...] Entonces yo puedo ser demasiado mongólico de fumar una cosa que sé que no es, entendés, viste que tienen un estire bárbaro.

33 *Descanso* en el sentido de estafa, de tomadura de pelo.

[Danilo, 28 años]

—¿Te la entreveran con algo así?

—Claro, le echan hasta tubo de luz, ¿viste que el tubo de luz tiene un polvo blanco? Bueno, te das cuenta quemada tiene hasta pedazos de vidrio, porque se ve que habían molido. La cortás, le echás de todo y eso agranda el doble, la tiza es así pero vos le echás todo esto y es una cosa así [señala las medidas con la mano].

—Es más cantidad.

—Ahí ya es más cantidad, por eso se dice que tenemos 12 maneras, ¿cómo te puedo decir? 12 cosas diferentes que le podemos echar, hasta veneno para ratas tiene. Uno es consciente y lo hace igual ¿no? Porque es así, para cocinar la merca, el proceso de la pasta base, vos de repente te fumás... hubo un tiempo que hubo... que fumabas y tenía un gusto a kerosene bárbaro, porque la recocinan ¿entendés?...

—¿Se nota mucho la diferencia así cuando comprás en un lado o en otro?

—Sí, sí. Yo hay lugares que no compro, y porque nos cuesta pila hacerlo, si a mí con todo lo que me cuesta hacer 25 pesos voy a comprar a un lugar en que me lo tiro y no me hace nada... para eso agarro la plata la prendo fuego y ya está. Y si no, como digo siempre, prefiero comprarme veinte ojitos y comerme veinte ojitos, es así.

—¿Y sabés de haber comprado alguna vez ahí?

—Claro, no, no, de repente voy y pruebo, porque hay veces que te venden bien, hay veces que en todos, en casi todos lados son iguales. En un cante hay cinco, seis, siete bocas, de repente preguntás pero en uno no te gustó y ta vas a otra boca y así.

La percepción sobre la calidad va muchas veces relacionada con el efecto farmacológico del *pegue*, que puede adquirir significados profundamente negativos.

[Julio, 40 años]

—Vos me decís que sentís que a lo largo del tiempo que has consumido pasta base sentís que... has tenido distintos... distintas sensaciones del *pegue*, digamos.

—Sí, sí todas malas, han sido todas malas, ninguna buena. Yo creo que también depende de la calidad de la pasta base ¿no? Supongo... hoy no me hace el efecto de paranoia como antes, no, lo controlo un poco más, pero no es porque haya ganado de cabeza. Capaz que la base es más ligera, no sé, supongo, no lo tengo muy claro, pero lo que sí sé que... llega una hora del día y no veo el momento que...

[Agustín, 27 años]

—Y vos decís que perdés la conciencia [consumiendo PBC].

—Totalmente, sí. La pasta base te bloquea, te nubla. Por segundos, pero te nubla. Es un segundo el disfrute y después ya... ya pasás a otra fase, de ver cómo vas a hacer para consumir esa pasta base, qué es lo que tenés en tus manos o en tus medios para poder procurar, para poder seguir, fumar otra pitada, y darte ese placer de consumir. Es una enfermedad. [...] La pasta base es una adicción muy fuerte, muy conflictiva para uno mismo, es egoísta [...]. La pasta base se concentra en la persona y lo único que hace es apoderarse de uno y tratar de angurrir todo lo que tenés en tu vida, destruye tu vida social, tu salud, no sólo física sino psicológica [...]. En mi caso, que estoy sin techo, que perdí una familia, pero que quiero recuperarla, todo fue por el indicio de la droga. Todo mi perfil fue por la droga. Y bueno, esperemos que algún día sí pueda solucionar lo que vengo tratando, este... no poder consumirla más.

[Facundo, 32 años]

—... Estoy como un aracnofóbico... me recorre toda una electricidad por dentro, siento que me están caminando las arañas. Digo arañas por decir, porque mi mente está en las arañas, pero pueden ser, yo qué sé, unas ardillas que me vienen, una picazón, que ahora no lo tengo ¿entendés? Lo tengo cuando [hace una inspiración] detona el cerebro, y eso es todo producto de... de lo podrido y toda la mierda que me meto para adentro.

[Mario, 38 años]

—Me deja trabado, me deja... Sí, tartamudeo a veces, me deja más tartamudo ¿me entendés? Querer decir algo y decirte «Gian...», y vos me mirás y decís «¿qué? ¿qué me vas a decir?» Y... como que no me salen las palabras...

—*¿Pero no encontrás lo que vas a decir o...?*

—No, no, no, sé lo que te voy a decir porque de repente es algo que te voy a comentar y... quedo ahí, te nombro y vos me mirás como diciendo, «bueno...». Y ahí te digo, «pará que me trabé». Ahí intento hablar, pero si no yo qué sé...

[Miguel, 38 años]

—Yo perdí a mi hermana porque dejó la pasta de un día para el otro, la droga, y se le reventó una vena en el cerebro, y agarró infección, y no la pudieron operar y... se murió. [...] Yo soy consciente que si yo dejo todo me van a empezar a saltar nanitas que uno ya tiene, de los agujeros del cemento, de la nafta, del cemento al cerebro, de tanta droga, yo sé que mi organismo... mi organismo no está 100 por 100.

[Horacio, 41 años]

—Claro, te pega más rápido, de repente un pase de cocaína, yo me tomo de repente un pase de cocaína, y el efecto lo siento a los... ponele a los cinco minutos, o yo qué sé, a veces a los seis minutos, ponele algo de eso, con la cocaína ¿entendés? No es inmediato, pero con la... con la pasta base son segundos, en cinco segundos ya está el efecto.

—*Y hay gente que eso le parte la cabeza.*

—Claro, hay gente que le parte la cabeza porque, qué pasa, tampoco la dejan descansar. Lo que pasa que la mente te va ganando ¿entendés? La mente te va ganando y si vos no la dejás tampoco hacer el efecto que tiene que hacer... después es lo mismo, después te encajás un par de pases, según como esté el producto también, viste que están poniendo cada cosas raras, cortes raros y eso, hay algunas que son más livianas que otras. Yo a veces si fumo pasta base o algo y tengo que levantar o algo y fumar así de ansias... ponele con cincuenta pesos me da, pa pa... ya está, y no preciso más. Pero a veces como viene floja o algo tengo que gastar 100 pesos de repente.

[Josefina, 29 años]

—... cuando tengo ganas de fumar ando de mal humor, ando de mal humor y ta, salgo a la calle, es salir a la calle y ya sé que me voy a drogar ¿entendés? Digo que voy a requechar, porque tengo hambre voy a requechar para hacer plata para comer, mentira, es mentira porque no como, porque sé que tengo las cosas para vender en el depósito y sé que voy a ir a drogar ¿me entendés? Y me drogo, me fumo una pitada, y se me va todo, porque es verdad se me va todo, a mí me duele la cabeza, me fumo una pitada y se me va el dolor de cabeza, yo estoy dos o tres

días fumando, sin dormir, me duele todo el cuerpo, me duelen los pies, me fumo una pitada y se me va todo el dolor, debe ser porque la droga ya está, yo qué sé... [...] He estado una semana sin dormir.

[Mauricio, 32 años]

—*Era todo el día, las 24 horas, pensar en consumir... ¿y estabas todas las 24 horas consumiendo también?*

—Días sí y días no. Días paraba una hora para dormir, dos, pero cuando me despertaba mi cuerpo no era mi cuerpo, me sentía mal, era agresivo. Necesitaba consumir para sentirme bien. Entonces, digo, ahí fui haciéndome la idea de que estaba pasándome algo malo, ¿no? [...] En aquellos momentos era muy difícil tener diez pesos en el bolsillo, era complicado sí, me generaba muchas cosas. Y ahí me ayudaron a entender, que son veinte minutos el período que te pide el cuerpo, o sea, el cerebro reptiliano, supuestamente por lo que me han dicho ellos, es el que pide, el que te identifica al que no consume, al que tiene hambre, es el cerebro reptiliano, que tenemos todos. Entonces digo, eso es lo que nos da especie de latidos para hacernos sentir que queremos consumir. Vos lo aguantás veinte minutos y después de un tiempo te va a pasar a treinta, y después a más a más hasta que se olvida del consumo.

Luego de períodos prolongados de consumo, se producen efectos físicos y fisiológicos («retorcijones») que en ocasiones se intentan manejar con la fuerza de voluntad: «la pasta es tan adictiva que necesitás fumar porque el cuerpo te lo pide [...] pero la mente lo puede dominar, retorcijones “está todo acá” [en la cabeza]. Sin embargo, es bravo dominar la fisura». En el plano discursivo es notoria una escisión mente/cuerpo al reflexionar acerca de las implicancias de la adicción a la PBC. En general se considera que es a través del control de «la mente» que puede abandonarse el consumo; creencia que concuerda a su vez con un discurso bastante extendido entre algunos profesionales de las instituciones de salud y en las comunidades terapéuticas que atienden a usuarios de drogas, de que es «la voluntad» la actitud clave para superar la adicción. Así, si bien en los centros de salud la práctica de la medicalización es común, en las comunidades terapéuticas de base religiosa en cambio, y al menos en Uruguay, la metodología que se aplica prescinde de la administración de cualquier tipo de medicación, además de implicar la abstinencia total de drogas, apuntando a lograr una transformación subjetiva del usuario (Garbi, 2012).

[César, 28 años]

—*Me dijiste que te daban, así por no consumir, tipo dolores ¿qué es lo que sentís a veces? Me dijiste la cabeza, el estómago...*

—Si, cuando alguien que está consumiendo... retorcijones en la panza y como que empiezo a temblar en el cuerpo, a temblar, doler la cabeza. El cuerpo te lo pide ¿no? Yo estoy enfermo, yo lo admito, es una enfermedad, es un vicio, el consumo es una enfermedad, estoy enfermo, quiero salir de esta enfermedad pero la voy a tener de por vida, lo que consumí va a estar en la sangre de por vida. Me dan esos retorcijones y estoy como una hora revolcándome, ese dolor de estómago, y a veces estoy así quieto y empiezo a temblar, a temblar.

—*Entonces, sobre todo cuando lo ves...*

—Cuando lo veo, o cuando me invitan, empiezo a temblar, el cuerpo se me mueve para todos lados, el dolor de cabeza, me empieza a doler la cabeza, y no hay pastilla que tome y se me vaya. Es... es, como algo psicológico, es algo psicológico.

—*Sí, si no lo ves...*

—No, no, no me afecta tanto, o a veces con los olores también, cuando siento el olor. Muchas veces vos pasás, por más que no mirés sentís el olor, el olor a la pasta base es inconfundible, sentís «pah, están fumando base», ahí también como que te entra un poco de fisura.

[Alex, 28 años]

—*O sea que uno puede dominar digamos, el consumo y la sustancia.*

—Puede hasta cierto punto. Si vos te dejás ganar la cabeza, si vos decís «pah, yo soy consumidor, me quiero fumar un medio». Ahí te lo gana, y una vez que te fumaste uno olvidate, querés fumar. Y digo, yo hasta este punto prefiero estar al lado de consumidores, verlos fumar, y yo decir «No» ¿Por dentro mío, no? «No». Y estar ahí, y no y no. Por eso te digo, prefiero tenerlo acá, uno, y estar ahí tranquilo, que va a llegar el momento entendés, pero... tengo muchas ganas, tengo muchas ganas y... más firme, quería dejar de fumar.

—*Hoy en día podés hacer eso, podés darte el lujo de estar con otro que consume, y vos con tu cabeza decir, «tranqui voy a...»*

—No te voy a decir aguantar la... pero... lo puedo aguantar, sí, y lo aguanto y lo aguanto. Lo aguanto hasta que a veces el cuerpo te... porque yo ahora viste, puedo estar tranquilo contigo, hablando y chamullando una cosa, ¿no?, digo a veces estoy con otras personas que no están chamullando así como estoy chamullando contigo, estamos hablando de otras cosas. Entonces ahí a veces el cuerpo te lo pide él. Te lo pide él. Cuando querés acordar te está guiando, te está llevando el cuerpo a la pasta. Y digo, «si yo estaba acá tranquilo acá sentado». Por eso, que es difícil pero... se puede, ¿cómo no se va a poder? Es meter esto nomás, no dejar que te gane esto [se señala la cabeza].

[Antonio, 45 años]

—He ido como disminuyendo, antes me fumaba como veinte, ahora me fumo cuatro, cinco, ¿entendés? Pero no, de golpe no puedo. Y es peor cuando me levanto de mañana, y me duele todo el cuerpo, y si no consumo uno, estoy... entonces me fumo uno y se estabiliza, y ahí quedo.

—*Pero, ¿te duele si no consumís? O sea, cuando te levantás.*

—Seguro, yo me levanto y me duele todo el cuerpo. Me fumo uno y ahí quedo. Ando con la abstinencia, de noche transpiro, me despierto. Si hay un día entero que no consumo, paso mal toda la noche, transpirando. Y tengo pesadillas, no duermo... es la abstinencia, la abstinencia.

—*Y cuando fumás uno, ¿te aguantás? Porque he escuchado a muchos que...*

—Ehh, me aguanto, trato de aguantarme, trato de aguantarme. Me fumo uno... viste, ahora, yo vivo en el Cerro, me fumé uno cuando vine, me como un plato de guiso, una fruta y me aguanto, me aguanto. Me aguanto la tarde y después antes de acostarme me fumo uno o dos más y chau. Pero al otro día, cuando me levanto es la historia, si no tengo eso, es como tipo el alcohólico viste...

Como vimos, «de *cara* se reflexiona sobre la adicción, pero mientras dura el *pegue* se encuentran verdades»; es frecuente que se formule un discurso autocrítico

y de fuerte carga moral acerca de las experiencias de consumo. También se identifica muchas veces la PBC como la causante de las condiciones de vulnerabilidad que son características de los usuarios, aun cuando éstas ya estaban presentes en sus vidas desde mucho antes.

A medida que transcurre el tiempo y el hábito del consumo se arraiga cada vez más, se afecta la trama social que sostiene los vínculos de estos sujetos con ámbitos e instituciones como centros educativos, relaciones laborales, familiares y afectivas. En este devenir, el consumo problemático pasa a primar sobre el *pegue* y éste ya no se «disfruta» como en los primeros tiempos, adquiere entonces un sentido negativo. Aun así, con la práctica del consumo sumamente incorporada, son excepcionales las ocasiones en que alguno de nuestros interlocutores manifestó querer continuar en dicha situación. La constante fue el pedido de ayuda, de apoyo para «salir de la situación». A medida que los efectos del consumo se tornan problemáticos, más se los reconoce como algo ajeno. Cada vez más se transforma en una práctica y una imagen con la cual no desean identificarse, sino más bien modificarla.

EXPECTATIVAS DE FUTURO

Como ya hemos visto y se ha mencionado repetidamente, casi todos nuestros interlocutores plantean el deseo o la necesidad de «rehabilitarse», «dejar de consumir», «achicar el consumo», etc. Estas expectativas se manejan en relación con el imperativo moral del trabajo —conseguir un empleo bien remunerado— o de la familia, tanto sea la familia parental como la familia constituida compuesta de hijos y pareja.

En muchas trayectorias aparecen intentos de abandonar el consumo, pasajes por dispositivos de rehabilitación de distintos tipos (estatales y religiosos, casi nunca en centros privados), momentos de privación de libertad, mudanzas a otras ciudades. En varios casos también se narra el abandono de todo consumo de sustancias psicoactivas o su sustitución por fármacos legales u otras drogas como marihuana. Sin embargo, en todos los casos, luego de estos períodos de abandono del consumo de PBC, aparecen *recaídas* influenciadas generalmente por un quiebre emocional: problemas familiares, la pérdida de una pareja o de un hijo, etc.

Junto con la expectativa de eliminar o reducir el consumo se presentan otras perspectivas de futuro. Y en ello es fundamental considerar el futuro en función de la inevitable relatividad de la percepción del tiempo, entendiendo esta relatividad del tiempo como un indicador directo de precariedad: a plazos más breves de proyección de futuro, mayor precariedad, pues a mayor precariedad, el tiempo cobra una dimensión más asfixiante³⁷.

Nuevamente, esta relatividad es apreciable en cuanto a la edad del sujeto. Es claro que cuando se tienen uno, diez o 25 años de edad, el tiempo adquiere una dimensión subjetiva distinta que cuando se tienen cuarenta. Esto se ve claro en

37 Una colega ha hablado de «saturación de presente» (Rostagnol, 2003) a partir de un estudio con padres en situación de pobreza extrema.

cuanto a los noviazgos, los trabajos o el estudio. Una adolescente puede decir a los 14 años: «mi abuela me dio estudios», pues cuando vivía con su abuela fue a la escuela, pero en otro marco sociocultural nadie consideraría que algún año de primaria son «estudios», sino más bien sería indicador de su falta³⁸.

Es, por ejemplo, el caso de una adolescente en situación muy precaria, madre de un niño de un año, que vivió en la calle y hoy se encuentra hoy bajo protección del INAU. El pasado de niñez con su abuela se torna lejano, la escuela, sus «estudios»; y el futuro cobra una dimensión doble: la proyección de mujer-madre que, para ser buena, en su interpelación moral, debe cuidar a su hijo y, por tanto, asumir una condición adulta con relación al lugar de niña-adolescente que le asigna la institución de protección de esa condición, que sostiene ese discurso y que negocia con ella su transición a la adultez (Fraiman y Rossal, 2011). Pero sí existe una «saturación de presente», dada por una cotidianidad asfixiante, que es lo contrario de la asfixia del trabajador urbano *metró-boulot-dodo*³⁹, que proyectó su vida en torno a un estudio primero y que luego se vio coronado por el empleo seguro.

Los entrevistados, en especial los que están corporalmente más castigados, desean «una vida normal», un trabajo, pagar las cuentas, dormir en una cama con su pareja, mantener y cuidar a sus hijos. En ello el discurso es claro, como también es claro que no han podido sostener este discurso en la práctica más que por espacios de tiempo siempre relativos en cuanto a la consideración subjetiva de si fueron tiempos largos o cortos. En los momentos de la entrevista se encuentran viviendo «al día», siendo unos «buscavidas»⁴⁰ que añoran los tiempos dorados en que había mejores condiciones de vida.

38 En otros trabajos se ha aclarado la inutilidad de hablar de cultura de la pobreza o cultura juvenil y la importancia de enfocar en las alteridades y desigualdades concretas (Fraiman y Rossal, 2009; 2011). Es claro que existen alteridades entre los distintos sectores sociales, pero utilizar un concepto generalista, parte de una «doxa intelectual» (Pinto, 1991) que, a su vez, reduce la enorme multiplicidad de los subproletarios urbanos de Montevideo en sujetos con «cultura de la pobreza» o la diversidad y riqueza de la vida adolescente y juvenil a «tribus urbanas» o «culturas juveniles» homogéneas entre sí y diversas en relación con las otras. Ahora, lo que en un marco sociocultural son «estudios» en otro definiría la falta de estudios y ello se define en el tiempo: hasta cuándo somos jóvenes, hasta cuándo adolescentes, cuánto tiempo debemos pasar estudiando, cuándo nos debemos emancipar, hasta cuándo cuidar y mantener a nuestros hijos. Estas preguntas tienen su respuesta en prácticas concretas que muestran la juventud a los 29 años, mientras que otros sujetos ven aproximarse la vejez a los 37. De igual forma, para algunos una relación de pareja de tres meses es algo importante mientras que para otros se trata de dos personas conociéndose. Es que se mantiene la juventud a base de la promesa de un futuro. Aunque la juventud (*punk*, por ejemplo) entendida como sin futuro implique no llegar nunca a la adultez.

39 Expresión francesa que da cuenta de la cotidianidad del trabajador ciudadano que va en el metro al trabajo, luego pasa su jornada laboral para luego volver a su casa a dormir. Esta vida es concebida como asfixiante por sus críticos, en general jóvenes o pensadores que proponen una vida «alternativa» menos alienada por el trabajo.

40 En riesgo a veces de encontrar la enfermedad, la muerte o la cárcel, esa otra forma de la muerte, expresada en la expresión *tumbero*, pues el *tumbero* es tal porque está en esa tumba que es la prisión. *Buscavida* es una expresión que designa al sujeto que vive día tras día buscando su sustento de distintas formas, generalmente en el mercado informal, incluso en

Así, uno debe aplicarse a la comprensión de que para alguien seis meses puede ser un tiempo muy corto o muy largo, y no caer en una lectura sociocéntrica (etnocentrismo de clase) o adulto-céntrica que, a veces incluso desde consideraciones «científicas», podrá contribuir a una forma más de estigmatización, con todos los efectos de realidad que ello comporta, en cuanto a decir que ciertos sujetos no consideran el futuro, no pueden narrar el pasado o, lo que es peor, son incapaces de pensamiento abstracto.

De esta forma, nuestros entrevistados están saturados por un cotidiano del cual es muy difícil salir, pues la desigualdad se hace cuerpo también con la droga que consumen, el sistema de salud que los atiende y la cárcel que, a algunos de ellos, les ha tocado sufrir. Tenemos entrevistados que añoran una vida normal que fue su «edad de oro». Vida normal en la cual la moralidad del trabajo, la provisión y el cuidado se encuentran alienados de otra forma: por un capitalismo con mercado formal, protección social anclada en el trabajo y familia en su modelo más tradicional. Pareciera trocarse en moralidad la promesa de un país de trabajadores y no un país de protección a los adolescentes. Pues ése es el momento del mayor riesgo, nuestra «parte maldita», el momento de que, siendo peligroso, estás en peligro.

Un entrevistado, charlando informalmente con el equipo de la investigación, decía a uno de nosotros: «cuidá a tu hijo de 14 años que está en la edad más difícil, en ese momento me fui de mi casa, empecé a robar y a drogarme». Como se ha detectado etnográficamente (Fraiman y Rossal, 2011), «pegar el estirón» aumenta enormemente el riesgo de un adolescente socialmente vulnerable y lo deja al margen de la capacidad de «hacer la moneda» mediante la mendicidad, obligándolo a buscar otras estrategias de mayor riesgo. Y ello tiene un correlato en las moralidades: entre las clases de trabajadores no calificados, la protección a los adolescentes es moralmente menos interpelante porque ellos mismos son trabajadores desde su adolescencia, en la cual, algunos de ellos, realizaron transgresiones «juveniles»⁴¹. La relación entre adolescencia, juventud y adultez también es relativa y así debe considerarse, más allá de que el Estado deba ir en el sentido civilizatorio que im-

sus expresiones ilícitas. Este vocablo se expresa bien en la telenovela de igual nombre que protagonizara en los años ochenta en Argentina Luis Brandoni y que, incluso, desarrollara una versión en España.

41 Las relaciones entre niñez, adolescencia y juventud deben también comprenderse en términos relativos. El relativismo metodológico de los antropólogos es una buena enseñanza para toda ciencia que se enfoque en lo humano, también para luchar por un cambio social con sentido civilizatorio, pero sin desconocer que las relaciones sociales contemporáneas están regidas por una desigualdad que las constituye: la desigualdad que hace que los trabajadores con escasa capacitación, que tienen ocupaciones en el mercado informal, suelen iniciarse al mundo del trabajo entre la niñez y la adolescencia tiene, inevitablemente, un correlato moral; lo mismo ocurre con la moralidad de nuestros abuelos, habituados a iniciarse en el trabajo en esas edades, pero entre ellos ese correlato moral está signado por una moralidad que consideraba la posibilidad del ascenso social por el estudio, o sea, el estudio ofrecía una promesa que, se viera o no su cumplimiento, formaba parte un discurso social dominante. De todos modos, en el discurso social dominante, el joven virtuoso por antonomasia es el estudiante trabajador.

plica una mayor protección de la niñez y la adolescencia e, incluso, la juventud adulta (tal como ha legislado nuestro Estado con la adhesión a la Convención de los Derechos del Niño, entre otros instrumentos).

Debemos señalar que es un desafío sumamente difícil establecer rupturas en las trayectorias de consumo de cocaínas fumables, más allá de la capacidad de agenciamiento, capital social, cultural o económico con que cuenten los usuarios. Atravesar procesos de rehabilitación supone experiencias caóticas y complejas en los ámbitos más íntimos del sujeto: su corporalidad y la construcción de la propia identidad, respecto a la familia y a las relaciones afectivas, respecto a la convivencia en barrios donde las dinámicas de mercado y consumo de sustancias ilegales son prácticas cotidianas, con relación a sus recorridos en las instituciones de salud o de reclusión, entre otros. Son excepcionales las trayectorias en las que se logra abandonar el consumo de manera definitiva. Lo más común es retomar el consumo, más tarde o más temprano⁴².

[Agustín, 27 años]

—¿Has buscado ayuda en los centros de rehabilitación?

—Mirá, para mí el mejor centro de rehabilitación es uno. Yo entiendo que hay chiquilines que de repente digan «pah, yo no salgo», es verdad, es dura, es durísima, es una adicción. Tiene que tener muy buenos indicios para decir «yo no quiero consumir más». Aquel que dice que no consume más es, bueno, porque... No hay que decirlo, la cosa es hacerlo, pero yo qué sé... Tenés que tener muy buenos propósitos para dejarla. Se puede, se puede, sí se puede. Pasa que hay que tener unos huevos de oro.

[Silvio, 27 años]

—... no tengo un apoyo, por ejemplo, que me apoye para salir adelante... porque claro, eso es lo que me falta a mí, a lo que estoy solo me falta alguien que me dé para adelante, que me ayude a salir de acá, alguien que me dé una mano, para que me saque del pozo. Yo si consigo alguien que me dé una mano en una buena, puedo salir, pero no, solo no puedo, mirá la situación, que estoy en la calle, más me hundo solo, porque me veo en la situación y más me me... [...] Más me tiro más abajo y... imagínese que hace como tres años y medio que no veo a mi madre, ¿todo por qué? Porque no quiero que me vea así. Porque el día que quiero que me vea quiero que me vea bien, gordito como ella me conoce. Así arruinado no quiero porque se me cae la cara de vergüenza a mí, imagínate para

42 Casi todos contaron sobre períodos en los cuales habían logrado abandonar el consumo de PBC, en ocasiones por el lapso de algunas semanas o meses, en algunos casos llegando a un año o más, pero todos eran usuarios en el momento de la entrevista. Solo uno, de todos los que entrevistamos, se encontraba en abstinencia desde hacía algunas semanas. Una construcción discursiva e identitaria que puede ponerse en relación directa con lo que ellos llaman «recaída», es el asumirse como *adictos*, más allá de si se encuentran consumiendo o no. Es decir, ellos siguen pensándose o sintiéndose a sí mismos como *adictos* aun en los períodos de rehabilitación. En algún sentido, bien podría entenderse esta asunción del sayo de *adicto* como un efecto de realidad del discurso, ampliamente extendido, de Alcohólicos y Narcóticos Anónimos y los dispositivos que operan con esa modalidad.

ella. Ta, ella no me va a decir nada igual porque es mi madre yo soy el hijo, pero igual, no quiero que me vea.

[María, 40 años]

—... mi problema es el cante, yo no tengo una persona que me acompañe, si alguien no me lleva no voy a ir...

—¿Nunca fuiste a ningún lado a internarte?

—No, no, conozco gente que dejó solo por decisión. Y gente que consumía mucho más que yo, y que estaban mucho peor que yo, y dejaron y pueden ver a otro fumando y no tienen problema. Yo eso todavía no lo puedo hacer, digo, sola no puedo, alguien que esté conmigo, que me ayude...

—¿No has encontrado nadie que te de una mano, en la familia por ejemplo?

—Alguien que me diga «bueno vamos que te acompañe, en mi familia»... «si fumás es porque querés». Yo siento que no es porque querés, yo me considero una persona enferma, soy una persona adicta, porque yo, mi mente quiere dejar, quiero dejar, pienso en la posibilidad de dejar porque tengo cinco hijos... me voy a fumar a la esquina y ta, pienso, queda la comida para las gurisas, pero no estoy en todo el día, y mi hija grande sale, yo no le quiero preguntar qué hace pero sé... no quiero ni saber... y es porque yo no estoy nunca...

CAMBIAR LA CABEZA, ARRANCAR DE CERO

En el caso de Alberto (25 años), su vida y su tiempo se han visto reducidos al día a día, y su previsión de futuro es la temporada que espera hacer en Salto en un trabajo zafral de recolección de naranjas. Ésta es la esperanza para escapar del consumo de PBC. Hijo de una familia de trabajadores del barrio de Capurro, había logrado consolidar una familia y un empleo especializado en una óptica. En esos tiempos tenía buenos ingresos con los que sostenía su consumo de cocaína y PBC, utilizada principalmente en forma de *bazoco*. Esto lo llevó a endeudarse de manera recurrente en su trabajo, a hipotecar sus aguinaldos, sus salarios vacacionales, y a seguir consumiendo. A sus 22 años vivía como un joven trabajador con un hijo a cargo, pero rápidamente todo ello se fue esfumando: perdió su trabajo, abandonó el hogar, vendió sus cosas. Su presente lo vive con sus padres, con su madre totalmente pendiente de que no salga a la calle. Su familia ha intentado que se «trate», con lo cual lo mandaron a Remar en Paysandú, pero salió de allí y terminó en la casa de su abuela en Salto. Consiguió un trabajo zafral en la recolección de naranjas, luego volvió a Montevideo, y su esperanza ahora es retornar hacia aquel departamento:

—Pienso quedarme allá, sí, quiero quedarme allá, quiero quedarme allá, quiero vivir allá, tranquilo, más paz, más paz firme que hay una paz bárbara... ¡Por lo menos podés salir a caminar de noche, bo! Allá por lo menos salía, salía de noche, me iba a un 24 horas 11.30 de la noche a comprarme una cerveza, y nada, no había nadie en la calle, había pero nada, no pasaba nada... andá acá a buscar una cerveza 11.30 de la noche, te cobran peaje, cada cinco cuadras te cobran peaje, «¿no tenés una moneda, no tenés un cigarro, no tenés una moneda, un cigarro?» Y por casualidad no te despluman. Firme, porque es así, tenés que ir caminando mirando para atrás y para adelante, «para allá no vayas». Allá salís tranquilo, es otra cosa, es otra cosa. Las amistades son diferentes allá, los que

había conseguido en las naranjas son gente. Son gente de Salto mismo, son gente, me ofrecieron una pieza cuando yo estuve mal, ¿me entendés? Te brindan una mano... Acá ¿quién te va a brindar algo? Nadie te da nada, nadie te da nada... es raro que alguien te dé algo.

—*La gente de tu barrio, que no consume, ¿tenés trato o...?*

—Y... gente que yo tenía, o sea la gente bien, que yo me llevaba bien, que eran mis amigos, ya no me quieren, son desconocidos. Por ejemplo, el otro día paso Catunga, que era como un hijo para él, pasó y era como... bo, ¡como si no hubiera visto nada! Yo le digo «bueno negro, ¿en qué andás?, ¿todo bien?» Y siguió. O sea, ya está, nunca le fui a pedir plata ni nada, pero se queman por... por lo que le pasa a mi madre, por lo que soy yo, ¿entendés? Todas las amistades esas yo no... no... como que, viste, te apartan. Estoy destruido, estoy destruido firme, firme... [...] Está jodido, por eso me quiero ir para allá, arrancar como quien dice de cero, nadie me conoce, estás tranquilo, podés estar tranquilo en una casa solo, sé que puedo llegar y tomarme una cervecita de noche, cosas así, yo qué sé, estoy tranquilo ¿viste? Estoy tranquilo, totalmente tranquilo. Aparte el verano allá explota [Se ríe] Sí, el verano explota, van todos para las termas, y van para la avenida y eso, se llena de porteñas, brasileras...

—*Te quedan todas las tardes, las noches libres...*

—Claro, y ya me voy para allá, ¡sabelo! [...] Va a estar distinto, es diferente, ¡es *glamour!* No, en serio, quiero eso, quiero eso, cambiar la cabeza.

Tras el hombre emancipado reaparece el muchacho que quiere seguir su vida juvenil —pero no bajo el encerrado cuidado de su madre—, que busca dejar lejos su adicción, su estigma y los riesgos cotidianos. Alberto diferencia de manera clara las categorías espaciales de «allá» y «acá». Mientras que en su barrio, el «acá» donde se crió, se encuentra saturado, paradójicamente alejado de sus amistades y sus conocidos, donde sólo encuentra peligros, el «allá» es un horizonte nuevo lleno de posibilidades de vivir su propia juventud. Expectativa basada en «cambiar de ambiente», buscar una ocupación y rehacerse a partir de la autonomía de manejarse por su propia cuenta.

CONSEGUIRME UNA FAMILIA

Mientras que Alberto es un joven de 25 años que quiere seguir siendo joven, Claudio es un adulto de 37 que se percibe a sí mismo como entrando a la vejez. Proviene de una familia de trabajadores no calificados asentados en un cantegril tradicional de Montevideo. Hoy día se siente «jugando los últimos cartuchos». Le preocupa que la adicción lo lleva hacia ello. Ya tuvo una familia, tiene un hijo de 18 años, y no pide otra cosa que nuevamente reconstruir una familia y lazos de amistad: «ser una persona normal», según sus palabras. Más allá de su actual «desorden», el universal antropológico del deseo de familia (Roudinesco, 2006) interpela a muchos de nuestros interlocutores.

—... Tengo que dejarla, entendés, que tiene que ocurrir algo, no sé, conseguirme una familia, conseguirme una nueva mujer, conseguirme un hijo, tratar de sacarme documentos, sacarme una documentación... Que tengo que dejar, eso es mi perspectiva. Y que lo quiero, no te miento, ¿entendés? De aquí al futuro,

porque contando mi vida, mi día a día, contando mis años, yo sé que tengo 37 años, se me termina, estoy llegando a la vejez y... está difícil.

—¡Bo, yo tengo, cuarenta, pará!

—Yo tengo 37.

—No, pero estamos jóvenes todavía. Yo acabo de tener un guri.

—Ta, pero te digo que quiero tener algo, che. ¿Entendés lo que te digo? Ya tuve casa...

—Sí, querés recuperar eso.

—Ta, quiero, volver a la tierra, al mundo, vamos a decir así, no quiero mutar más, quiero tener algo. No sé si va a ser en este año o en el otro, si seguiré o no seguiré, pero mi manera de pensar, en mi mente, quiero tener algo, me entendés, ése es mi futuro: volver de vuelta a ser una persona normal. Quiero hacerlo.

—*Qué pedirías vos para volver, si fuera, no sé, el Estado, el sistema de salud... ¿qué tendría que hacer para que vos volviéses?*

—La manera de ser precisa mucho, viste, precisa mucho, sobre todo precisa una amistad, yo para mí, entendés, preciso una amistad, una conocida, entendés que me saque, yo qué sé... Caminar, volver a ser yo de vuelta, como salía antes, pasear, ir a una tienda como yo iba, yo qué sé, ir a una plaza... Yo ando en la calle pero... no sé cómo explicarte. Antes lo hacía, andabas por todos lados, ibas por las plazas, al Prado, tiendas, todo... Ahora no lo hago.

QUIERO ATENDER A MIS HIJOS

En la entrevista a Josefina (29 años) vemos expresada una precariedad de las más radicales que se puedan encontrar en Uruguay: se crió en un cantegril de Montevideo, fue abandonada por su madre de niña, consume drogas desde los 12 años, no terminó la escuela primaria, nunca tuvo un trabajo formal. Sus primeras experiencias de consumo de drogas fueron con *cemento*. Sus hijos más pequeños están en el INAU. Esta semana ha aparecido la oportunidad de un nuevo intento de rehabilitación. Al momento de la entrevista vive con el impulso de salir de la situación, estimulada por los pasos que está dando su pareja para tratarse su adicción y por haber conseguido un lugar (provisto por su padre) para pernoctar con él. Esta semana parece ser una vida entera en su trayectoria, vivida con intensidad hora a hora entre la calle donde busca su comida, el depósito donde vende los *requeches* que encuentra en la basura, el nuevo techo y el centro de rehabilitación:

—Ahora hace una semana que estamos ahí con el padre de mis hijos, él me fue a buscar y hablamos. Tiene 31 años y nunca en la vida [...] es la primera vez en la vida que hace algo como la gente, que hace algo por la vida de él, ¿entendés? No encara por la hija ni nada, es verdad... Me dejó de cara que quisiera [rehabilitarse], y yo no le creía, pero ta. Ayer fui a la entrevista con él, ahora no sé si la semana que viene lo ve el psicólogo, ya tiene otra entrevista y ya se lo llevan. Se lo llevan para afuera.

—*Y vos querés también...*

—Y yo quiero hacer lo mismo. Ayer tuve la primera entrevista, ahora tengo otra entrevista el jueves que vamos los dos juntos.

—*¿Qué te ha dado para hacer eso ahora? ¿Qué cambió?*

—Él. ¿Qué cambió? La postura de él, porque cuando yo lo precisé, cuando yo lo necesité, él estuvo al lado mío ¿entendés? Cuando yo más lo necesité en la vida él estuvo al lado mío, y ahora me dejó de cara porque estaba pensando en la familia, en los hijos, lo que nunca hizo en la vida lo está haciendo ahora.

—*Eso te da ganas a vos como para...*

—Claro, entonces eso me dan ganas, me dan más ganas de salir adelante, ¿entendés? Para mí quiero, quiero otra vida, quiero estar con mis hijos ¿entendés? Yo quiero de terminar de criar a mis dos hijos grandes, mi hija ya va a ser una señorita ya va a cumplir 15 años ¿entendés? Mi hijo va a cumplir 14 años, tengo a los dos chicos también. Yo los adoro a mis hijos, y ta quiero salir adelante yo no quiero hacer lo mismo que mi madre ¿entendés? No quiero hacer lo mismo que mi madre, que se olvidó de nosotros, que nunca atendió a los hijos... Yo los quiero atender a mis hijos, yo los amo, quiero una vida nueva, sin la maldita droga, que fue la que me arruinó mi vida, mi familia, mis hijos...

ESPERANDO UN LABURO

Alex (28 años) pasó toda su vida en el 40 Semanas, y argumenta cómo vivir en un *cante*⁴³ genera muchas más posibilidades de consumir PBC, y más dificultades para salir del consumo de no existir una familia de contención. Alex no se ve tan deteriorado, su consumo está acompañado de una buena alimentación. Ésa es su principal práctica de autocuidado. Su futuro está signado por el trabajo y la familia: frecuenta su hogar para bañarse y alimentarse, su hermano le consiguió un empleo que le permitirá volver con su familia constituida (mujer e hijos). Para Alex, su moralidad de hombre proveedor (Fraiman y Rossal, 2009) define su (buen) lugar de estar en el mundo (su familia), y el trabajo en la construcción provee lo suficiente para ello. Hablamos de una moralidad de provisión que no se opone a la del trabajo⁴⁴, sólo que la provisión es previa, pues un aspecto central del trabajo es que provea. El problema es cuando el trabajo no provee y no se sostiene; a veces, como el caso de Alberto, el trabajo no proveía no por su escaso salario, sino por su excesivo consumo de drogas, que agotaba todos sus ingresos. En este caso, el trabajo no se sostenía por el gasto del usuario de drogas. En otros, el salario es demasiado bajo y es complementado por actividades ilícitas o, directamente, es abandonado por el trabajador que procura en las actividades informales su provisión, como lo muestra Bourgois (2010) en varios casos de vendedores de crack de Harlem⁴⁵:

—*Tu madre, tus hijas, ¿ella saben de tu situación?*

—Sí, saben sí. Les preocupa ¿no?

—*¿Cómo la manejan?*

43 El propio entrevistado se refiere a su lugar como un «cante». De hecho, al «cante» lo podría definir el estigma y, en tal sentido, «cante» comprendería a todo «asentamiento irregular» pero no todos los «cantes» serían asentamientos irregulares. Este asunto, sin embargo, exigiría una indagación particular.

44 Kessler (2006) opone la lógica del proveedor con la lógica del trabajador.

45 En ese libro también se muestra a la construcción como un trabajo bueno que provee y que tiene sindicato, aunque aparecen allí (en Nueva York) otras peculiaridades como la discriminación racial y cultural, las que en Uruguay tendrían otras características. En este caso el *nuyorican* (estadounidense de origen puertorriqueño) es discriminado en un ambiente dominado por los italo-americanos.

—Mi mamá es una persona que ya tiene su edad, se encarga de trabajar y... y trato de no molestarla, trato de no molestarla. La puedo molestar en el sentido de... así como te digo yo, para pegarme una higiene, y...

—*Caés por tu casa, digamos.*

—Sí, todos los días yo, yo todos los días. En el momento, por más que... Porque a veces vas tranquilo teniendo un medio en el bolsillo, que tenerlo que ir a buscar, entonces yo lo puedo tener una hora acá en el bolsillo igual. Pero me quedo tranquilo.

—*Lo tenés y estás tranquilo.*

—Quiero, ta, me encargo de comer, estoy con mis hijas, comparto, las ayudo a hacer los deberes. Estoy con la cabeza. Estoy con la cabeza, pero... yo ahora el 15 empiezo a laburar. El 15 o veinte empiezo a laburar. En la constru, que mi hermano me rescató. Por eso es que también estoy más... igual esos nervios no me van a pesar mucho, vas a estar laburando, viste que ya es horas que le ganás, venís a las 6, las 7 de la tarde, ¿qué vas a querer? ¡Comer y acostarte! Bañarte, comer y acostarte. Por eso que estoy apostando a eso. [...] Y a mí, como te digo, ya me está aburriendo. Ya me está aburriendo y estoy esperando ahora y digo... Tampoco quiero estar tan arruinado físicamente porque yo sé que es un laburo pesado. Pero no me importa, no estoy pensando en que es pesado ni que voy a agarrar una maceta ni que voy a agarrar una punta. Estoy pensando que voy a laburar. Imaginate, es un sueldito, ¿y qué más para estar de vuelta con la familia, no? En lo que estoy pensando ahora, más nada que eso, estar de vuelta con la familia.

—*Bien, bien entonces, así que de aquí a poco pensás ya...*

—Sí, rescatarme, como se dice, hablando mal y pronto, rescatarme. Porque estoy esperando ese laburo nomás, que ya está todo. Yo ahora, por ejemplo en esta semana, estamos recién... ¿Cuánto estamos? ¿veintipico? Bueno ponele que yo ahora para el primero ya tengo que estar en la casa de mi madre ya. Tengo que estar en la casa de mi madre porque... para tomarlo como una recuperación, para empezar a laburar. Ya me lo dijeron: «ahora el primero venite para acá y... ya está». Se vienen las fiestas, todo, gracias a Dios el apoyo de la familia lo tengo. Que es lo que fuerza te da a veces, hay muchos que también sentían abandono porque no está esa fuerza entendés, y la familia, ahh ta ta: «Pastabasero, no rompas los huevos acá». Gracias a Dios, está el apoyo de la familia.

EN PROBLEMAS SOCIALES

Agustín tiene 26 años. Empezó a consumir a los 15 o 16 directamente PBC. Desde entonces no ha parado, ni siquiera cuando estuvo preso. Terminó tercero de liceo y estudió electrónica. La cárcel no fue una experiencia tan terrible para él, pues estuvo en el Centro Nacional de Rehabilitación (CNR) y hasta pudo desarrollar su oficio. Hoy pernocta en un refugio y anda por la calle durante el día buscando recursos para sostener su consumo de PBC. Agustín señala qué debería ocurrir para salir de sus actuales circunstancias.

—*¿Y así cuánto podés estar?*

—Hasta que me muera. Si yo no le doy un fin, hasta que me muera.

—*¿Cuándo es el fin?*

—Y... mirá... hoy por hoy estoy pensando en alquilarme e irme... tengo mis... tengo hijos, tengo una señora que me está esperando. Fundamentos tengo. Pero mientras sigo así, en problemas sociales... la sigo consumiendo, la sigo consumiendo. Y no me importa nada, y si tengo que pagar, la pago.

—*¿Problemas sociales cómo?*

—Y... no tener techo. Porque vos podés tener un trabajo, pero hay bases sociales que uno las necesita para salir adelante. Si yo no quiero que cualquier ciudadano me vea en la calle pidiendo una moneda un día de lluvia, champions rotos ¿verdad? Es verdad que uno también busca su destino. «Bueno, tenemos un problema, vamos a tratar de salir», pero mientras yo tenga ese problema de que no tengo un techo, de que las cosas no me salgan porque estoy en un refugio, eh... no tenga una ayuda de decir «bueno, te doy esto, cuidalo, trabajá, bancalo»... ésa es mi ayuda que yo necesitaría, un alquiler... yo fui a pedir un alquiler, te cuesta un huevo, te piden garantía, un año, o Contaduría, y a esas cosas que uno en su vida social tiene problemas, no quiere. Entonces tenés ese problema social, y me sigo sosteniendo, si sigo en esta situación la sigo fumando, porque me saca.

—*Y ahora te estás moviendo, para allá y para acá, para tratar de conseguir eso. Por lo que veo, papeles...*

—Sí, claro, como te mostraba, papeles demostrando de que trabajé, de que tengo algo, algunas cosas que puedan dar indicios de que soy alguien y que... bueno, que más allá de problemas de los que tengo... de conseguir laburo, sí.

YA ME ASQUEÓ LA PASTA BASE

Néstor es un hombre de 35 años que vive con su familia en un complejo habitacional al oeste de Montevideo. Su vivienda le pertenece. Se ha drogado con muchas sustancias en su vida, y como experimentado fumador de PBC sabe distinguir entre las diferentes calidades de la sustancia. Cursó hasta primero de liceo y luego tuvo una trayectoria de vida entre la informalidad y la ilegalidad. Cuando estuvo preso pudo desarrollar sus habilidades artesanales, pero ahora no tiene tiempo: no es una actividad rentable para él. No tiene tiempo porque precisa, momento a momento, «hacer la moneda».

Kessler (2006) muestra en el «hacer la moneda» un resultado de la «lógica de la provisión» que motiva (y entrapa) al delincuente amateur; pero Néstor, al igual que la mayoría de nuestros entrevistados, está entrapado por varias cosas. La provisión es necesaria día a día, pero no consigue un trabajo, no tiene un oficio redituable y tiene una adicción y una familia que sostener. Imperativo moral, proveer a la familia; imperativo corporal, proveer a la adicción.

Corporalmente, la diferencia entre el universitario que entrevista y Néstor, que consumió pasta base esa mañana y que, elocuentemente, le muestra angustiado sus cicatrices, es enorme. La falta de expectativas de este sujeto no se debe a que no «razone bien», a que no tenga «capacidad de abstracción», la cual se demuestra con claridad a lo largo de la entrevista. Es que su vida está en riesgo, está entrapado y no encuentra mayores salidas. Su apelación final al empleo señala con claridad hasta qué punto lo interpela a Néstor la moralidad del trabajo:

—¿Hoy fumaste vos?

—Hace rato que no fumo.

—¿Cuánto?

—Puf... de la mañana.

—Ahí va. Vos me dijiste que te levantás a las 7, dormís dos horas, ¿y qué hacés después?

—Me levanto, voy a la panadería, limpio las latas de la panadería, ahí ya me traigo el pan para mi casa, pan fresco, nada de porquería, pan fresco, los bizcochos, y me dan 150 pesos. Después sigo la rutina, me manejo acá adentro, en las viviendas. Ayudo a una vecina, le limpio el jardín a uno, limpio a otro, trato de que no me den plata cuando yo no la necesito.

—¿Que no te den plata cuando no la precisás?

—No, porque trato de no pisarme el palito yo mismo, ¿entendés? Claro, si me quieren dar 100 pesos, prefiero que me dé 100 pesos, prefiero que me compren 100 pesos de aguja [carne vacuna], ¿entendés lo que te estoy diciendo? Trato de yo mismo no... Trato de asegurar las cosas de mi casa, yo qué sé. Yo tengo que pagar luz, agua, todo, ¿entendés? Yo en mi casa tengo que pagar todo igual que todo el mundo, acá no podés robar ni luz, no es un cante. Yo gracias a Dios tengo todo el día.

[Néstor seguía mirando para todos lados, y le dije que la entrevista pronto concluía, que no estuviera tan nervioso. De repente se levanta la camisa y surge el siguiente diálogo]

—Pah ¿y todas esas cicatrices qué son?

—Mis enemigos.

—¿Qué son?, ¿cuchilladas?, ¿qué son?

—Estos son tiro, tiro, tiro.

—¿Cuántos tiros tenés?

—Siete.

—¿En la misma vez o diferente?

—No, siempre diferente.

—¿Todas diferentes veces?

—Éste es más grande.

—¿Y estos de acá, de la panza?

—No, esto me lo hice yo.

—Te lo hiciste vos, ¿cómo?

—Porque me querían encerrar. Me querían llevar al penal, y ta. Yo no quería irme para el penal y me querían meter en un módulo al sur y yo no quería estar ahí. No quería estar en ese módulo.

—¿Cuándo fue la última de estas cicatrices?

—Hace dos años, un año y medio. No, este tiro fue hace dos meses.

—¿Cuánto?

—Dos meses.

—Dos meses, ¡pah! ¿Cómo fue eso?

—Esto por sacarle la garrafa a un rastrillo, que le había robado a mi tía. Lo agarré, lo maté a palo, le llevaba la garrafa de 13 kg a mi tía, lo fui a buscar al cante, le saqué la garrafa, vino y me dio un tiro.

—¿Qué es, un 22?

—Un 22. Entró acá y salió acá.

—*Son cicatrices de guerra.*

—Hay más. En la cabeza tengo más tajos que...

—*Vos hoy al principio de la entrevista me dijiste como que ya estabas quemado, como que ya querías largar, como que ya estabas cansado y asqueado...*

—Quiero aprovechar esta entrevista para que el que la escuche, si puede ofrecerme una fuente laboral para mí. Porque a veces con muchos antecedentes... mirá que yo he buscado trabajo viste, pero ya te preguntan si tenés antecedentes, coso, y hay muchos lados que te discriminan. Quien te diga que no, te está mintiendo. Si yo tuviera un trabajo seguro para mi familia, yo ni me drogaria, ¿entendés? Capaz que no, te digo, me fumaría un porrito por ahí, ¿viste? Pero a mí ya me asqueó la pasta base. Fijate que hace 13 años que yo fumo pasta base. No, no. Y he fumado... Recién ahora en estos dos últimos años sé lo que es fumar de a chasqui que se llama, antes fumaba en otra cosa. Fumaba en piedra entera, fumaba. Me manejaba de otra manera, como tenía más dinero en el bolsillo. Fumaba mucho más que ahora. Pero me mataba menos porque, como yo te digo... No me salen más las palabras, amigo...

CONSIDERACIONES FINALES

En la investigación se pudo hallar evidencia suficiente para afirmar que el universo de consumidores de PBC está constituido por una población heterogénea con prácticas de consumo y formas de obtención de la sustancia también heterogéneas, así como tampoco es, en un sentido, una población «oculta»⁴⁶. También que el momento de inicio del consumo de sustancias psicoactivas constituye un fuerte marcador de vulnerabilidad de la familia de origen, las prácticas de cuidado y las moralidades con relación a la niñez, la adolescencia y la educación formal. Se pudo apreciar que un acceso más temprano es un indicador fehaciente de la vulnerabilidad de la familia de origen: cuando es anterior a los 12 años se trata de las situaciones más extremas de vulnerabilidad y pobreza, y cuando el inicio se da luego de los 16 años, se trata de familias socialmente más integradas.

Como se ha visto en otros estudios (Garibotto et al, 2006), la PBC ingresa masivamente al país en el año 2002, sin embargo, el consumo de cocaína en su versión fumable comienza en el país como «merca cocinada», promocionada por algunas bocas de venta desde finales de los años noventa. El consumo de PBC vino

46 En términos estadísticos se trata, sin lugar a dudas, de una población «oculta». Sin embargo, nuestros interlocutores han tenido variados vínculos con distintos dispositivos estatales: (i) una mitad del universo total de los entrevistados estuvo privado de libertad; (ii) casi todas las mujeres tuvieron vínculos con el sistema de salud a los efectos de su maternidad; (iii) buena parte de nuestros interlocutores varones estuvieron hospitalizados por razones variadas; (iv) una porción menor pasó por Portal Amarillo. En suma, existe sobre casi todos nuestros interlocutores una variada información en distintas oficinas públicas, lo que faltaría entonces, sería una buena coordinación interinstitucional. Sin embargo, hay peculiaridades que hacen distinguible a este grupo de usuarios de pbc en relación con la población general, como puede apreciarse en el informe rds que se presenta en este volumen. Asimismo, esta población resulta oculta para los instrumentos estadísticos de medición habituales.

a sustituir otros consumos muy problemáticos, como es el caso de la cocaína inyectable, que hoy subsiste como una práctica muy peculiar y marginal.

Hay coincidencia entre los entrevistados en cuanto a lo que habitualmente se designa como «valores» o «códigos». Existe un discurso sobre una «crisis de valores» y un «rompimiento de códigos»; estos sujetos sostienen ese discurso, pero ellos mismos, que viven generalmente alejados de la posibilidad de sostener esos valores o códigos en la práctica, les guardan una gran adhesión, lo cual es consistente con lo visto por Zigon (2013) en otro contexto. Para este autor, las moralidades constituyen un ensamblaje interpelante incorporado en los sujetos, y la(s) ética(s), una suerte de código(s) de comportamiento de alcance local. Con base en sus reflexiones, podemos apreciar a los «códigos» en tanto que éticas siempre locales y restrictas, por ejemplo, los códigos carcelarios o las éticas profesionales. Si los códigos carcelarios pueden prohiar algunas formas de violencia o mitigar otras, de igual forma, códigos del campo de la salud pueden proteger a sus integrantes de malas praxis y admitir la expulsión de malos pacientes, como podrían serlo los propios usuarios de PBC. Las éticas propias de los códigos son de alcance más restringido que los interpelantes ensamblajes morales.

Se detectaron tres niveles de alteridad en relación con la pobreza extrema: el tiempo, las moralidades y el cuerpo. Estos tres niveles de alteridad se relacionarían directamente con el lugar ocupado por estos sujetos en el espacio de la desigualdad social: (i) el sujeto más precario desarrolla su vida social en espacios más cortos de tiempo, planifica y reflexiona sus relaciones, ya sean laborales o afectivas, en términos más breves, habiendo efectos de realidad en los cuerpos como en la construcción de los ciclos de la vida; (ii) a nivel de las moralidades, la interpelación moral del cuidado y de la provisión con relación a los niños y adolescentes ocupa espacios de tiempo también más breves que los que dictan las disposiciones legales en relación con los derechos de niños y adolescentes, así como con relación a la educación obligatoria; el correlato de esto es que el sujeto podrá comenzar a ser interpelado como cuidador (especialmente en mujeres) y como proveedor (fundamentalmente en varones) desde edades en las que sujetos de otros sectores sociales se encuentran bajo el cuidado y la provisión de sus mayores; los efectos de realidad de estas moralidades y las moralidades mismas se aprecian a lo largo de todo el trabajo; y (iii) el cuerpo de la precariedad es castigado, estigmatizado y desprotegido, esto lo apreciamos directamente en la observación etnográfica y está a disposición de todo aquel que esté dispuesto a verlo. El sujeto más precario,

de esta forma, corresponderá a las categorías laborales más precarias, reproducirá la capacitación mínima exigida para tales ocupaciones y su fuerza de trabajo estará, generalmente, sujeta a la informalidad o, incluso, a actividades delictivas. Sin contrato laboral, sin la protección estatal vinculada al mercado de trabajo formal, su vida laboral se ejercerá en el mercado informal y sus múltiples posibilidades.

El consumo de PBC, desde el efecto químico hasta sus consecuencias sociales, se corresponde con la precariedad de sus consumidores⁴⁷, a la cual contribuye a reproducir. Ha habido otras drogas de la precariedad⁴⁸, pero ésta sostiene eficazmente la reproducción de la vida en la calle, las largas caminatas hurgando contenedores de basura, permite aguantar el dolor e impide el sueño, al tiempo que contribuye a no detenerse a considerar la suciedad, la vergüenza y el temor.

Existe, asimismo, un discurso social que asocia, a modo de relación causal, consumo de PBC y delito, pero no existe tal relación: por el hecho de consumir PBC no se cometerán necesariamente delitos, la mayor parte de los consumidores no los cometen; pero sí se puede señalar que el consumo abusivo de PBC aumenta enormemente la vulnerabilidad de sus consumidores, con lo cual aumenta el riesgo de la comisión de delitos o de ser *embagayados*, puesto que están insertos en redes de intercambio de drogas ilícitas (Rossal, 2013).

Los sujetos entrevistados cursaron procesos de rehabilitación con marchas y contramarchas propias de la precariedad signada en sus trayectorias; como contraparte positiva, entre las expectativas de futuro se enuncia generalmente la voluntad de dejar de consumir y cambiar de vida abandonando el consumo de PBC.

Existen consumidores recreativos de PBC en forma de bazoco, trayectorias liminares de usuarios que no se quieren reconocer como «adictos», pero que también reflexionan sobre sus riesgos y la posibilidad de «arruinarse», tal como lo ven en los usuarios de PBC (fumada en pipa) de su entorno y de los que aprenderían a no (querer) ser como ellos.

47 Especialmente sus consumidores en *lata* o en *pipa*. Los consumidores en forma de bazoco no sufren los mismos «efectos», tanto en lo que refiere al *pegue*, el efecto inmediato, químico, como en cuanto a los «efectos sociales» del consumo.

48 No hace mucho la droga de la pobreza extrema, especialmente en niños, adolescentes y jóvenes, era el cemento, sin embargo, los efectos de la sustancia no son eficientes para sostener, como ocurre con la PBC, un consumo por meses y años viviendo en la pobreza extrema. Los usuarios de cemento que entrevistamos nos señalaban que el cemento produce «más bien alucinaciones» y no el impulso constante —y eficiente— a obtener los medios para continuar el consumo.